
asemejan más al director de orquesta. Con el banderín en alto empuñado en la mano derecha, el silbato en la izquierda demandando atención y el vientre echado hacia afuera en actitud de acometer los primeros compases de la partitura, toca el pito imperativamente autorizando la marcha. En la puerta del furgón hay un hombre cincuentón, casi siempre gordo, con largo guardapolvo gris y gorra encasquetada, que mira por encima de las gafas que cabalgan en la punta de la nariz y anota en una hoja amarilla, que todavía recibe alguna advertencia del jefe y mira hacia la cola del tren. Ambos sienten la necesidad de hablar y hacer algo ante la admiración de los curiosos.

El maquinista, poseído de su poder y libre ya de las trabas del peleleo, que mira desdeñosamente, hien-

de el espacio con el bronco silbato de su máquina, que da fuertes resoplidos haciendo majestuoso su arranque. El que dió la salida vuelve hacia la oficina mucho menos empavesado, con el banderín en el sobaco y las manos en los bolsillos. Se aprecia que no le mira nadie, ni él levanta la vista del suelo. La estación queda solitaria y si alguien permanece en ella tiene la mirada fija en el convoy que se aleja atronando el espacio con prolongado pitido de despedida que parece difundirse con las espirales del humo que se desprenden del gran penacho que sale por la chimenea.

En la oficina suena un timbre. La voz, ahora cansina, del que tocó el pito tan engalladamente, responde a la rutina insoportable y precisa: «sí; le quinientos tres a su hora».

* * *

"Abriuras"

DESPUES que La Mancha se hizo viñera, la labor de abrir las viñas es corriente en todo su campo y usual el vocablo que la designa, así como el de «abriura» dado a la labor terminada de cada cepa.

El caporal que recordamos con más cariño de cuando las plantaciones empezaban a extenderse como la **corríguala**, es Hilario Vaquero «El Repretao»; ejemplar humano auténticamente representativo de la tierra que lo crió, lo sostuvo y lo acogió en su seno, después de haberle dado sin regateos toda su energía, que no era grano de anís.

Fuerte, calmoso y hecho al sufrimiento, apretaba los dientes por costumbre y se le endurecían los carrillos de la cara haciendo visibles las vibraciones de su carne al juntar las quijadas.

Esta fibrilación contractiva y la elevación de párpados y cejas cuando tenía que ponderar algo o expresar admiración, asombro o sorpresa, daban a su ancha cara, lustrosa aunque curtida, una expresión difícil de olvidar para los que lo tratamos, tan gráfica como las palabras entrecortadas que acompañaban al gesto; «qué disparate, muchacho», decía, por ejemplo, y entonces contraía hasta los músculos del cuello. Entraba la botija en el cojín de la manta y se alejaba dispuesto a luchar con la resequeza de cualquier haza hasta mullirla como un colchón.

¡Qué ejemplo tan hermoso nos dejaron aquellos caporales: Hilario, «Tinguilangué», «Sopas»...!

¡Siempre los recordamos cuando el sentimiento nos impulsa a echar mano de la azada y hacer «abriuras» en la costra de este terreno para dar salida a su hechizo misterioso, poético y soñador, que no nos deja vivir fuera de él y que nos acompaña, nos sigue, nos envuelve y sacude en toda ocasión y lugar!

¡Cómo se admira y añora aquel pecho de Hilario para cavar sin fatiga la tierra salobre que tiene dentro el palillo «duz»